

ninguna creación literaria de la Humanidad puede decirse que es poesía el héroe si no es en Don Quijote. Miguel Angel no consiguió, ni al toque de la vara mágica, que Moisés hablara. Sólo Cervantes en la historia del mundo, al fallarle la palabra, «yo que tanto me afano y me desvelo—nos dirá en el «Viaje del Parnaso»—por parecer que tengo de poeta la gracia que no quiso darme el cielo», creó un símbolo a modo de lenguaje y ahí está, hecho hombre enajenado y enajenando lo que ve, sean molinos o frailes mercedarios, mozas de partido o encamisados con órdenes mayores.

El poeta ve lo que los otros no ven, y las cosas hacen presente al poeta lo que es escondido para los demás. El poeta es un creador de realidades y develador de idealidades. Ve en lo existente lo que para otros es muerto, y crea mundos donde no hay lugar para realidades. Y el poeta que lo es anhela el triunfo acorde con su descubrimiento: prefiere la mirada placida de Melpómene a pasear triunfante en la carroza de Acaya. Horacio lo expresó maravillosamente:

Quem tu, Melpomene, semel  
Nascentem placido lumine videris,  
Illum non labor Isthmius  
Clarabit pugilem; non equus impiger  
Curru ducet Achaico  
Victorem, neque res bellica Deliis  
Ornatum foliis ducem,  
Quod regum tumidas contuderit minas,  
Ostendet Capitolio.

Crítico eminente hubo—Scalígero—que preferiría haber escrito estos versos a llevar sobre sus sienes la corona de la España tarraconense.

